

TORRE

Amarilla

# Soldados en la lluvia

Toño Malpica

Ilustraciones

**María Teresa Devia**



Soldados en la lluvia

Malpica, Toño

Soldados en la lluvia / Toño Malpica; ilustradora María Teresa Devia. -- Bogotá: Carvajal Educación, 2013.

164 p.: il. -- (Colección Torre de Papel. Torre Amarilla)

ISBN 9786071310026

1. Novela juvenil mexicana 2. Guerra - Novela juvenil 3. Vida Familiar - Novela juvenil I. Devia, María Teresa, il. II. Tít. III. Serie.

M863.6 cd 21 ed.

A1402652

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

*Soldados en la lluvia*

D.R. © 2013, Toño Malpica por los textos

D.R. © 2013, María Teresa Devia por las ilustraciones

D.R. © 2013, Carvajal Educación S.A.S., de la edición en español para América Latina y Estados Unidos.

D.R. © 2019, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,

Benito Juárez, México, Ciudad de México,

C.P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

\* El sello editorial "Norma" está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: marzo de 2020

Segunda reimpresión: septiembre 2020

Edición México: Lucía Rosas Zambrano

Diagramación: Sergio Salto

Impreso en México - *Printed in Mexico*

SAP: 61091440

ISBN: 9786071310026



# Soldados en la lluvia

Toño Malpica

Ilustraciones

**María Teresa Devia**

Norma

[mx.edicionesnorma.com](http://mx.edicionesnorma.com)



*Para todos los abuelos y abuelas del mundo.  
Porque, quiéranlo o no,  
son susceptibles a la sabiduría.*



**N**o faltará el vivo que diga que no ocurrió, que son inventos. Que la tumba no existe y que lo que aquí se relata es producto de una imaginación desbordada.

Pero no es así.

La tumba existe. Y el suceso ocurrió.

El quepis del soldado de hojalata se aferra aún a su sitio en la cabeza del muñeco. Aunque, eso sí hay que decirlo, se mueve de tarde en tarde con el viento.

Lo mismo que la memoria de a quienes, aunque no lo vivieron, les fue relatado.

Mi padre, entre ellos.

Yo.

No obstante...

A cada quien quepa creer lo que quiera. Yo sólo transmito el mensaje.

Así me lo contaron a mí.

Y así me corresponde contarlo.



**E**ra un agosto como pocos. El pueblo estaba atorado en la canícula y los fuertes vientos no servían más que para despeinar y hacer volar los sombreros, pues no refrescaban nada de nada.

La última lluvia había sido cinco meses atrás. Las cosechas amenazaban con malograrse.

Hasta los cuervos estaban flacos, ni para qué hablar de chivos, pollos o marranos.

Y, para acabarla de amolar, la guerra era un tremendo borlote.

Nadie sabía ya quién ganaba o quién perdía.

Porque así fue la llamada Revolución mexicana.

Los que una semana eran aliados, para la siguiente ya eran rivales. Y viceversa.

Y en esos días de esos meses de esos años, no podía decirse todavía que la guerra estuviera próxima a su fin.

Como ocurre con todas las guerras, nadie podía anticipar su término. La gente vivía con el nudo en la garganta, la mirada alerta, el sueño intranquilo.

Pero lo mismo, en el pueblo, todos trataban de seguir con su vida. Vivir de lo almacenado y rezar por que empezaran las aguas, pues ya les daba lo mismo quién ganara o quién perdiera. Lo único que querían era que terminara. Poder salir al monte en la noche sin que alguien, a la distancia, los sorprendiera con un “¡quién vive!” de esos que hielan la sangre y paralizan el cuerpo.

Lo mismo el cura, el tendero y el hacendado.

Lo mismo Héctor, Flor y don Nabor.

**L**a tarde en que inicia este relato Héctor estaba repasando unas sumas en su pizarra, Flor estaba jugando con su única muñeca y don Nabor deliraba por la fiebre en el cuarto del fondo.

Al momento en que entró por la ventana el coronel, Héctor apenas levantó la vista. Se encontraba en la mesa de madera gastada tratando de dar con el resultado de dieciocho más veintitrés cuando escuchó el bulto golpear contra el tepetate del suelo y apenas levantó la vista porque se puede decir que, en cierta forma, lo estaba esperando.

El coronel no llevaba uniforme.

Iba vestido como un espantapájaros.

Tal vez por eso es que Héctor no dudó. O tal vez porque nunca antes había visto a alguien con el cabello rojo y los ojos azules. Se puede decir que lo

estaba esperando y, haciendo de tripas corazón, se puso en pie y lo saludó con un gesto.

El coronel le mostró un puño desnudo.

Y le hizo la seña de que guardara silencio.

Flor, arrodillada frente a su muñeca, también guardó silencio. Abrió grandes los ojos y permaneció callada. Se puede decir, al igual que Héctor, que también lo estaba esperando.

El coronel se había colado por la ventana. Llevaba las ropas negras y raídas de un hombre de corta estatura. Las manos cubiertas de lodo. El rostro poblado de barba encendida. La pierna izquierda contraída por el dolor. Los pies desnudos.

—¿Dónde están tus papás?

—Muertos —contestó Héctor con rapidez. Rapidez y extrañeza. ¿No se supone que el Diablo sabe esas cosas?

—Y ustedes..., ¿están solos?

—No. Con mi abuelo.

La mirada torva, suspicaz, posándose en todo y en nada. En el cántaro del agua, en la mesa de madera desportillada, en los dos únicos cuadros, en la pequeña cama arrimada contra un rincón y en el crucifijo de madera. En los zapatos sucios de tierra del niño. En los pies descalzos de la niña. En la única puerta interior de la casa. En el brasero, al fondo, en una cocina minúscula de paredes de adobe carcomido.

—¿Vino por él, eh? —preguntó Héctor, mirando a esa única puerta interior de la casa.

—¿Por quién?

—Por mi abuelo.

En la pausa se escuchó balar a los chivos. El coronel se animó a acercarse a una silla, dando saltos en el pie sano.

—Dijo él que usted vendría.

—¿Que yo vendría? —repuso el coronel un poco más descansado. Un par de niños de ojos grandes y negros como pozos no representaba ningún problema. Se echó agua sobre el rostro. Bebió los residuos.

—Sí, para llevárselo.

—¿A tu abuelo?

—Sí.

Una nueva pausa en la que se deslizaron dos lágrimas por el rostro de la niña, silenciosas como la tarde.

—¿Usted es el Diablo, no? —dijo Héctor.

Y respingó, en el interior del coronel, el desconcierto; aguardando que el agua escurriera de su barba al cuello de la camisa, el agua silenciosa como la tarde; aguardando algún motivo del cual asirse para poder darle sentido a todo eso. A un par de niños espantados, uno haciéndose el fuerte, mirándolo como se mira a un presagio.

—Venga. Lo llevo con él —concluyó Héctor.

Los sollozos de la niña coronando la escena. La estampa del muchacho de pantalones a los tobillos, de camisa sin botones, frente a la única puerta interior de la casa. Tal vez fue la curiosidad, tal vez

que necesitaba tantear el terreno, el caso es que el coronel se levantó, fue dando saltos hacia el niño. Se paró a su lado cuando este abrió la puerta. Fue detrás de él cuando ingresó a la única habitación de la pequeña casa.

—Abuelo, ya vino.

Don Nabor lo supo en cuanto lo vio, y concluyó que Héctor tenía razón y que era demasiado tarde porque en sus ojos zarcos se revelaba la muerte y se revelaba el odio.

Recostado en la cama grande, con la frente pringada de sudor, se preguntó si debía ponerse en pie. Si debía tener algún tipo de cortesía. Si podría despedirse de sus nietos.

Pensó en aventurar un rezo. En cambio, lo que salió de sus labios fue muy distinto.

—No me equivoqué. Todo el tiempo tuve razón.

El coronel prefirió no decir nada. Pensaba en esos momentos si valdría la pena deshacerse del viejo, si no se arrepentiría después de esa posible imprudencia.

—Sí merezco ir al infierno —concluyó el viejo con una languidez arrancada al sopor vespertino, al viejo reloj de péndulo que hacía la guardia a la entrada de ese cuarto, marcando las seis menos cinco.

Y gracias a tal afirmación pudo concluir el coronel que, en efecto, más valía no precipitarse.

—Tan lo merece que por eso estoy aquí —resolvió.

Y en los ojos de Héctor se reflejó la misma congaja que había obligado a los de Flor a vaciarse hacia

afuera. Pero él, por el contrario, se hizo el fuerte. Puesto que sabía que, muerto su abuelo, él sería ahora el hombre de la casa, a sus nueve años se hizo el fuerte.



Comía el coronel con avidez. Sopa de lentejas y tortillas. Se suponía que esa ración de comida debía durarle tres días a Flor, Héctor y don Nabor, pero el coronel estaba dando cuenta de ella en pocos minutos.

Comía con el apetito de un hombre que no ha probado alimento en mucho tiempo y que, además, está acostumbrado a no desperdiciar las oportunidades.

—¿Cuándo? —dijo Héctor, que lo miraba del otro lado de la mesa.

—Cuando me cure del pie.

—No sabía que el Diablo pudiera lastimarse.

—Pues entonces no sabes nada de nada.

Le había mejorado el ánimo. El alimento puede hacer eso por una persona, aun si esta ha cometido

todo tipo de atrocidades. Aun si sabe que su propia vida pende de un hilo.

—Ayer, cuando llegué a la tierra, me lastimé una pezuña —dijo, mirando a Flor, que ocupaba la tercera silla a la mesa.

—¿Pezuña? —preguntó Héctor.

—En el infierno tengo patas de cabra, pero aquí en la tierra, para pasar desapercibido, prefiero tener pies como todo el mundo.

—¿Y por qué te lastimaste?

—Porque me vieron. Me vieron unos soldados y tuve que despeñarme por una barranca.

—¿Te vieron?

—Un descuido de mi parte. Cuando vengo a llevarme un alma, nadie debe verme. Pero ocurrió. A veces ocurre. Cada un montón de tiempo tengo un descuido así y tengo que pagar las consecuencias. Por ejemplo, ahora... me lastimé. Voy a esperar a curarme para llevarme a tu abuelo.

Flor no le quitaba los ojos de encima. Sus dos largas y mal anudadas trenzas caían sobre sus pequeños hombros. Sus manitas, igualmente, caían a sus costados. Balanceaba las piernas bajo su vestido de percal. Y, desde la altura de sus cinco años, miraba fijamente al coronel.

—¿No habla? —quiso indagar este.

—No.

—¿Nunca?

—No. Ni va a la escuela.

—¿Y tú?

—Yo sí. Lunes y miércoles. Pero no he ido las últimas semanas por cuidar a mi abuelo.

—Pues ya no hay necesidad de cuidarlo. Se va a morir. Y como mañana es miércoles, puedes ir a la escuela si quieres.

—No quiero.

El coronel miró el reloj, eternamente detenido en las cinco para las seis. Se preguntó qué horas serían. Fácilmente serían las ocho de la noche. Una suerte. Y no se había escuchado la entrada de tropas al pueblo. Nada. Ni un ruido que no fuera el de las cigarras, los chivos y, hacía media hora, las lejanas campanadas de la iglesia.

—Pues ni modo. No he hecho el viaje desde el infierno sólo para platicar contigo. Me voy a llevar al viejo. Y si tú quieres ir o no a la escuela es asunto tuyo.



A la noche, los rondó el desasosiego.

Don Nabor, en su delirio, profería rezos interminables que el coronel acallaba con blasfemias cuando se despertaba sobresaltado.

Flor, recostada sobre un hombro, abrazaba su única muñeca, hacía circulitos con la punta del dedo sobre la arcilla de la pared, se mordía las trenzas; estaba segura de que no volvería a dormir nunca. No mientras el Diablo estuviera en su casa, por supuesto, pero acaso tampoco después, porque nadie que haya visto al Diablo a los ojos puede volver a cerrar los suyos sin sentir miedo.

Héctor miraba al cacarizo y alto cielo raso, el hueco por el que se colaba la lluvia en tiempos de aguas. Tumbado de espaldas sobre el suelo, imaginaba que ese olor horrible era su imaginación, que

el hombre que se había apropiado de la cama donde dormían él y su hermana no había entrado nunca por la ventana, que repitiendo atropelladamente cientos de aves marías todo volvería a ser como antes de que el abuelo se enfermara.

Al final se quedaron sonando solas las cigarras y los grillos. Y los pensamientos de Héctor arrastrándose por su mente.

El coronel, Flor y don Nabor fueron conquistados por el sueño. No así el niño de nueve años con la mirada más seria de todo el poblado. La mirada de quien sabe que las cosas pasan por algo, y que si el Diablo se había lastimado al ir a reclamar el alma de su abuelo era por algo. Porque las cosas no pasan por casualidad, pasan por algo.

Se lo oía decir muy a menudo su abuelo. Y él... él lo creía con todo su corazón.

Con la algarabía de los pájaros llegaron las tropas al pueblo.

Y el coronel las escuchó antes de que atravesaran la Calle Real, la calle en la que se encontraba la casa del viejo y los niños. Las escuchó antes de que los cascos de los caballos sonaran en el sendero de tierra suelta que llevaba a la iglesia, al kiosko, a la pulquería.

Acaso las escuchó desde el día anterior, en algún rincón de su mente, cuando reconoció que no descansarían hasta verlo muerto.

Cojeando, se acercó a la misma ventana por la que se coló el día anterior y vio, apartando apenas la deshilachada y grisácea cortina de manta, la procesión de sombrerudos andar por el camino como si fuera un cortejo fúnebre.

—Héctor —dijo, sin despegarse de la ventana.

—Mande.

—Esos son los que me vieron llegar al mundo.

—¿Son villistas?

El coronel desvió un par de segundos la mirada. Le dio un manotazo en la cabeza.

—Qué más te da lo que sean. Lo que importa es que me andan dando caza.

El niño miró con tristeza a los hombres entrar al pueblo. Por ahí habían pasado de todo: federales, convencionistas, de la bola... Y todos llevaban



el mismo paso cansino ocasionado por una guerra que no entendían ya, pero que tampoco querían abandonar por no saber hacer otra cosa. Distinguir a unos de otros no era fácil, todos llevaban anchos sombreros de palma, cananas, caballos de trote lento y kilos de tierra encima. Pero algo sí tuvo en claro Héctor en cuanto los vio, bigotones y barbados, con los ojos inyectados de codicia: que a ninguno le temblaría la mano de poder echarle al Diablo un lazo encima.



—¿Y para qué te quieren?

—Para que les ayude a hacer el mal. ¿Qué otra cosa?

Al muchacho le pareció una respuesta razonable. Para ganar la guerra por la mala, para ganar dinero por la mala, para ganar cualquier cosa por la mala.

—Escúchenme —dijo ahora el coronel, mirando alternativamente a ambos niños—. Van a venir. Van a preguntar por mí. Les van a inventar cosas para que me entreguen. No les crean. Tienen que esconderme. Y tienen que decir que nunca me han visto. ¿Entendido?

Dio un nuevo manotazo a Héctor en la cabeza antes de repetir, “¿entendido?”.

Héctor ni siquiera se sintió mal por ello. Pensaba para entonces que el Diablo podía hacer cosas mucho peores que un golpe en la cabeza si se lo proponía. Que el hecho de que ni el crucifijo ni los rezos sirvieran para echarlo de vuelta al infierno eran prueba de ello.

Asintieron ambos niños, pero fue Héctor el que corrió a la cocina, el que hurgó en un guacal lleno de cachivaches, el que extrajo un enorme costal vacío.